

EL ESPÍRITU DE LA CIENCIA-FICCIÓN

Roberto Bolaño

El arcón de Roberto Bolaño Prólogo

Hay quienes, desde hace tiempo, pasaron de la sorpresa al disgusto al corroborar que del arcón de Roberto Bolaño, como del de Fernando Pessoa, siguen saliendo inéditos. A mí más bien me entristece que, fatalmente, esos regalos acabarán por terminarse aunque parezca infinita la capacidad del escritor de seguir sorprendiéndonos desde ultratumba, como lo hubiera querido Chateaubriand, un autor que no estaba de moda en la década de los setenta pero que Bolaño leyó pues, en sus años mexicanos, las Memorias de ultratumba, del vizconde, dormían el sueño de los justos en las librerías Zaplana y Hamburgo, sin duda frecuentadas por él, ya que no había, en ese entonces en la Ciudad de México, muchas otras.

Pasó el momento, también, de la incredulidad suspicaz ante Bolaño. Ya no se oyen las voces estridentes de quienes se sintieron desplazados por la irrupción de escritor genial en el último minuto (autores de su generación en ambas orillas del Atlántico) o de los profesores perezosos ante la evidencia de que el canon tendría que ser modificado por culpa del chileno. Tampoco cosechan demasiado crédito quienes — pues no sólo en política sino en literatura abundan las teorías de la conspiración— adjudican la posteridad de Bolaño a una siniestra operación del mercado editorial. Me he opuesto, pues está en mis deberes como crítico literario, a los excesos de los editores, a su necesidad de dar gato por liebre, pero en el caso de Bolaño, aducir su fortuna al mercadeo es, o no haberlo leído, o ignorar que la novela nació liada al comercio desde los tiempos de Walter Scott, Balzac o Eugène Sue, o, finalmente, creer que la literatura en lengua española sigue necesitando del empujón de los editores para demostrar una grandeza cinco veces centenaria, con sus altibajos cíclicos, desde Cervantes, o un poco más que centenaria, si pensamos sólo en Rubén Darío. La historia de la literatura también incluye a quienes la hacen materialmente posible, a los editores y, de un tiempo para acá, a los agentes literarios, unos y otros con sus miserias y sus grandezas.

Es materia de la teoría de la percepción averiguar por qué la lengua inglesa, tan reacia (peor para ella y su público) a traducir, se prendó de Bolaño, y para ello se han escrito obras seminales como la de Wilfrido H. Corral, Bolaño traducido: nueva literatura mundial (2011), y habrán de seguirse publicando muchas otras como corresponde a la estatura de un clásico. Y por último: hace rato se demostró la flojera mental de quienes necesitaron, como si fuese necesario, «vender» a Bolaño

como un poeta maldito o como un enganchado a las drogas que, milagrosamente, dejó no sólo una obra magnífica en vida sino un arcón de inéditos sólo comparable, insisto, al del poeta portugués Fernando Pessoa. Nada tengo en contra de los malditos —de hecho, tras este texto me ocuparé, feliz, de Verlaine y Darío— pero Bolaño resultó ser de otra estirpe, la de los Thomas Mann, la de quienes —ya lo decía Jules Renard— dan a medir su genio no sólo por la calidad sino por la cantidad. Sé que la anterior afirmación molestará a quienes ven en Bolaño sólo la iconoclastia y el postvanguardismo, pero me temo que se equivocan.

No queda duda de que el gran narrador hispanoamericano del tránsito entre los siglos XX y XXI fue Bolaño, y la progresiva aparición de sus inéditos no hace sino confirmarlo. Fatalmente, también, es imposible la lectura de una novela de juventud como *El espíritu de la ciencia-ficción* haciendo abstracción de que se trata de un clásico moderno. Nadie puede leer a Pessoa o a Bolaño inocentemente. Habremos de morir quienes fuimos sacudidos por el fenómeno Bolaño para que otras generaciones lo juzguen más allá del temor y del temblor, rectificando o corrigiendo nuestra admiración, limando de ella cuanto sea exagerado o contingente.

El espíritu de la ciencia-ficción, terminada en Blanes en 1984, es una buena novela de juventud. Una asumida Bildungsroman, como lo fue, desde luego, *Los detectives salvajes*, de la cual esta obra es un probable antecedente, o más bien, de ella pueden extraerse numerosos elementos, de alguna manera iniciáticos (por tratarse de una obra primeriza y porque, como yo lo creo, nuestros primeros libros son, afortunados o desgraciados, ritos de iniciación), útiles para el estudio del conjunto de su obra. A diferencia de otras obras póstumas, como *El Tercer Reich* (2010), una en sí misma, autónoma dentro del ya bien cartografiado universo de las obsesiones bolañescas, o *Los sinsabores del verdadero policía* (2011), un ejercicio previo a *2666* (2004), este inédito es un libro relativamente solitario, obra de un narrador aún inseguro del camino a tomar justamente por razones de genio. Cualquier otro autor —no Bolaño— hubiese hecho publicar *El espíritu de la ciencia-ficción* y no le hubiera faltado editor, pero el chileno (y mexicano y catalán) tenía un proyecto enorme, lleno de dificultades y pruebas, en el cual decidió experimentar, absteniéndose de publicaciones precoces, acaso convencido secretamente del destino clásico de su trabajo.

El espíritu de la ciencia-ficción, desde luego, es un libro muy familiar para el lector avezado de Bolaño. No voy a contar la trama —pecado de prologuistas y escritores de solapas que procuro evitar— pero sí a señalar algunos aromas despedidos por la novela. A Bolaño —no podía ser otra cosa tratándose de un escritor tan sólidamente profesional— le obsesionaba la condición del escritor, sus patologías habituales (Cyril Connolly dixit) y, de manera señalada, su propia naturaleza de escritor en formación (no necesariamente joven). Por ello, como Borges y Bioy Casares chismeaban a sus anchas temas a la vez menudos y graves como los concursos literarios, aun los remotamente provinciales, a Bolaño le llamaban la atención esas aparentes menudencias, pues creía, con Paul Valéry, en los pesos y medidas que rigen el boceto de la literatura, su producción (la palabra es horrible pero no hay otra).

Por ello, los talleres literarios, tan comunes en el México de los años setenta, o los concursos literarios, que en la España anterior a 2008 se convirtieron en una gigantomaquia, ocupan a Bolaño desde su juventud y son parte esencial de *El*

www.elboomeran.com

<http://www.megustaleer.com/libro/el-espíritu-de-la-ciencia-ficción/ES0148529/fragmento/>

espíritu de la ciencia-ficción, como el autorretrato práctico del artista joven, visto por esa mezcla de solemnidad ante la Literatura como destino y de sentido del humor ante sus convenciones tan propia de Bolaño. No falta tampoco la iniciación de los personajes de Bolaño como reseñistas en suplementos culturales donde se asoman las personalidades, entonces ya protervas, de escritores del otro exilio, el español. Todo ello mediante el homenaje seminal —el primero que le leo en la cronología, al menos la pública, de su obra— a la Ciudad de México, mi antiguo Distrito Federal, que tuvo en Bolaño, quién lo hubiera pensado, a su bardo mayor. Lo quiso ser Carlos Fuentes, a la manera de John Dos Passos, en *La región más transparente* (1958), pero su vida cosmopolita lo alejó de una ciudad que le disgustaba y a la que (como Bolaño, a su manera) prefería oír. Compulsivamente en Fuentes, selectivamente en Bolaño, ambos grabaron el habla de la Ciudad de México de una manera sorprendente. Y por ello, además, no es extraño que Bolaño y los infrarrealistas se hayan resguardado bajo el poder poético de Efraín Huerta (1914-1982), poeta por desgracia poco conocido en la península, cuyas declaraciones de amor y de odio a la capital mexicana debieron ser, para el joven escritor y sus amigos rechazados por la diosa Fortuna, las tablas de la ley.

Siempre será misterioso para un mexicano qué vio el joven Bolaño en la Ciudad de México, tan maldecida por sus habitantes mediante una suerte de orgullo invertido, y cómo, tal cual se lee en *Los detectives salvajes* y en *2666*, descubrió —al mismo tiempo que nuestros narradores propiamente norteros— el norte de México, que hasta los años ochenta carecía de personalidad literaria y hoy, por las peores razones —las de la violencia narca—, es lo más conocido del país, también por buenas razones: los libros de Bolaño, y con los suyos los de Jesús Gardea, Daniel Sada, Eduardo Antonio Parra, Yuri Herrera, Julián Herbert y Carlos Velásquez, entre otros pocos, son averiguaciones morales y lingüísticas sobre el mal, el desierto, la frontera.

Aparece en *El espíritu de la ciencia-ficción*, por primera vez, Alcira Soust Scaffo, la madre de los poetas desamparados, que será protagónica en *Los detectives salvajes* y en *Amuleto* (1999), pero en este libro importa más cómo describe Bolaño la lectura grupal de los textos primerizos entre los talleristas, otro rito de iniciación que Bolaño ve con un respeto inédito e inverosímil. Con todo, lo esencial en esta primera novela es otra cosa, decisiva para el proyecto de Bolaño: su noción de futuro invoca la ciencia-ficción pero no es exactamente esa literatura, en general anglosajona o francesa, de anticipación científica.

En las cartas que Jan Schrella (alias Roberto Bolaño, p. 206) escribe, en *El espíritu de la ciencia-ficción*, a sus escritores favoritos de ese género o subgénero (la discusión es ardua), no está una fijación de Bolaño con la juvenilia, es decir, la lectura de iniciación en libros «no del todo serios» antes de abordar a los antiguos clásicos o a los clásicos contemporáneos (yo, si el ejemplo sirve, leí primero a Rulfo, Paz y al Boom, y después, no sin la mirada reprobatoria de mi padre por desviacionismo, a H. P. Lovecraft, Isaac Asimov o Arthur C. Clarke). Hay que buscar en otro lado. En la Universidad Desconocida de la cual Bolaño fue el fundador y único alumno.

La gran aportación de Bolaño a la literatura mundial no fue, desde luego, cerrar el realismo mágico (cerrado estaba desde tiempo atrás), ni volver a clásicos latinoamericanos ignorados, peor para ellos, por la academia anglosajona, como los

www.elboomeran.com

<http://www.megustaleer.com/libro/el-espíritu-de-la-ciencia-ficción/ES0148529/fragmento/>

padres de Borges, un Oliverio Gironde o un Macedonio Fernández, quienes demostraban que nuestra madurez, ignorada a lo lejos, ya tenía sus años, sino variar la noción de futuro en la literatura moderna. No fue el único pero en ello Bolaño fue ejemplar, y la primera prueba la tenemos aquí, escrita en Blanes, en 1984, el año de Orwell, acaso no casualmente.

La ciencia-ficción no era para Bolaño, como lo sería para un lector ordinario, una mera premonición de viajes espaciales, planetas extraterrestres habitados por alienígenas o colosales adelantos tecnológicos, sino un estado moral, la búsqueda invertida del tiempo perdido, y por ello su obra es incomprensible sin la lectura de Ursula K. Le Guin o Philip K. Dick, quienes moralizaron el futuro como una extensión catastrófica del siglo XX. Aquella sería una supermodernidad probablemente fascista —en los años ochenta Bolaño, cosa rara, conocía a los escritores de derecha de la Acción Francesa, entonces del todo olvidados— y en El espíritu de la ciencia-ficción reside, es probable, el secreto de 2666. La novela, para Bolaño, no es cronológica, sino moral, y esa ética sólo puede entenderse, exacta anticipación suya, mediante una suerte de teoría de los juegos, lo que explica un libro como El Tercer Reich. Si el detective, como ya dijeron otros comentaristas antes que yo, es una forma callejera del intelectual, la práctica de los videojuegos es un rudimento de la historia universal, una proyección que rompe la linealidad del tiempo. Es El espíritu de la ciencia-ficción.

Además de todo ello, de ser una novela de iniciación literaria, también lo es de iniciación sexual y amorosa. En pocas ocasiones la literatura de nuestra lengua había mostrado, como en El espíritu de la ciencia-ficción, los dolores, las dificultades, las angustias del joven varón ante lo que Henry Miller llamaba con exactitud «el mundo del sexo». Ojalá el arcón de Roberto Bolaño nunca se cierre.

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

Coyoacán, septiembre de 2016

—¿Me permite hacerle una entrevista?

—Sí, pero que sea breve.

—¿Ya sabe que es usted el autor más joven que ha ganado este premio?

—¿De verdad?

—Acabo de hablar con uno de los organizadores. Me dio la impresión de que estaban conmovidos.

—No sé qué decirle... Es un honor... Me siento muy contento.

—Todo el mundo parece contento. ¿Qué ha bebido usted?

—Tequila.

—Yo, vodka. El vodka es una bebida extraña, ¿no cree? No son muchas las mujeres que lo tomamos. Vodka puro.

—No sé qué beben las mujeres.

—¿Ah, no? En fin, da igual, la bebida de las mujeres siempre es secreta. Me refiero a la auténtica. Al bebecio infinito. Pero no hablemos de eso. Hace una noche clarísima, ¿no le parece? Desde aquí se pueden contemplar los pueblos más lejanos y las estrellas más distantes.

—Es un efecto óptico, señorita. Si se fija con cuidado observará que los ventanales están empañados de una forma muy curiosa. Salga a la terraza, creo que estamos justo en medio del bosque. Prácticamente sólo podemos ver ramas de árboles.

—Entonces esas estrellas son de papel, por supuesto. ¿Y las luces de los pueblos?

—Arena fosforescente.

—Qué listo es usted. Por favor, hámbleme de su obra. De usted y de su obra.

—Me siento un poco nervioso, ¿sabe? Toda esa gente allí cantando y bailando sin parar, no sé...

—¿No le gusta la fiesta?

—Creo que todo el mundo está borracho.

—Son los ganadores y finalistas de todos los premios anteriores.

—Dios santo.

—Están celebrando el fin de otro certamen. Es... natural.

Por la cabeza de Jan pasaron los fantasmas y los días fantasmales, creo que fue rápido, un suspiro y ya sólo quedaba Jan en el suelo transpirando y dando gritos de dolor. También hay que destacar sus gestos, la carrera de sus gestos helados, como dándome a entender que había algo en el techo, ¿qué?, dije mientras mi índice subía y bajaba con una lentitud exasperante, ay, mierda, dijo Jan, cómo me duele, ratas, ratas alpinistas, huevón, y después dijo ah ah ah y yo lo sostuve de los brazos, o lo sujeté, y fue entonces cuando me di cuenta que no sólo sudaba a mares sino que el mar era frío. Sé que hubiera debido salir disparado a buscar un médico pero intuí que no quería quedarse solo. O tal vez tuve temor de salir. (Esa noche supe que la noche era verdaderamente grande.) En realidad, visto con una cierta perspectiva, creo que a Jan le daba igual que me quedara o me fuera. Pero no quería un médico. Así que le dije no te mueras, estás igualito que el Príncipe Idiota, te traería un espejo si tuviéramos un espejo, pero como no lo tenemos, créeme, y trata de relajarte y no te vayas a morir. Entonces, pero antes por lo menos transpiró un río noruego, dijo que el techo de nuestro cuarto estaba plagado de ratas mutantes, ¿no las oyes?, susurró con mi mano sobre su frente y yo dije sí, es la primera vez que escucho chillidos de ratas en el techo de un cuarto de azotea de un octavo piso. Ah, dijo Jan. Pobre Posadas, dijo. Su cuerpo era tan delgado y largo que me prometí que en el futuro me preocuparía más de su comida. Luego pareció quedarse dormido, los ojos semicerrados, de cara a la pared. Encendí un cigarrillo. Por nuestra única ventana comenzaron a aparecer las primeras rayitas del amanecer. La avenida, abajo, seguía oscura y desierta de gente, pero los coches circulaban con cierta regularidad. De pronto, a mis espaldas, sentí los ronquidos de Jan. Lo miré, dormía, desnudo sobre la colchoneta sin sábanas, sobre su frente un mechón de pelo rubio que poco a poco se iba secando. Me apoyé en la pared y me dejé resbalar hasta quedar sentado en un rincón. Por el marco de la ventana pasó un avión: luces rojas, verdes, azules, amarillas, el huevo de un arcoíris. Cerré los ojos y pensé en los últimos días, en las grandes escenas tristes y en lo que podía palpar y ver, después me desnudé y me tiré sobre mi colchoneta y traté de imaginar las pesadillas de Jan y de golpe, antes de caer dormido, como si me lo dictaran, tuve la certeza de que Jan había sentido muchas cosas aquella noche, pero no miedo.

Querida Alice Sheldon:

Sólo quería decirle que la admiro profundamente... He leído sus libros con devoción... Cuando tuve que deshacerme de mi biblioteca —que nunca fue grande, pero tampoco pequeña— no fui capaz de regalar todas sus obras... Así que conservo En la cima del mundo y a veces recito de memoria algunos trozos... Para mí mismo... También he leído sus cuentos pero éstos desgraciadamente los he ido perdiendo...

www.elboomeran.com

<http://www.megustaleer.com/libro/el-espíritu-de-la-ciencia-ficción/ES0148529/fragmento/>

Aquí aparecieron en antologías y revistas y algunas llegaban a mi ciudad... Había un tipo que me prestaba cosas raras... Y también conocí a un escritor de ciencia-ficción... Según muchos el único escritor de ciencia-ficción de mi país... Pero no lo creo... Remo me cuenta que su madre ...